



SEMILLAS

Rubén F. Uceda

SEMILLAS



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Rubén F. Uceda

ISBN: 978-84-10082-22-9

ISBN digital: 978-84-10082-23-6

Depósito legal: M-33255-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia

Índice

Capítulo 0. Lánade.	11
Capítulo 1. La Rosa de los Vientos	17
Capítulo 2. Planetoide	31
Capítulo 3. Carbino.....	41
Capítulo 4. Desierto gris	51
Capítulo 5. Claustrofobia	69
Capítulo 6. Reka	83
Capítulo 7. Modelo P386	97
Capítulo 8. La huida.....	113
Capítulo 9. Asuka Minato	127
Capítulo 10. Las entrañas del cráter	143
Capítulo 11. Una planta.....	153
Capítulo 12. Energía	163
Capítulo 13. Señal de socorro	181
Capítulo 14. Cuenta atrás	201

Capítulo 0. Lánade.

«¡Lánade!». Una voz resonaba con fuerza en su cabeza y la llamaba por su nombre. Era una voz en el silencio, una voz muda que solo se reproducía en la cabeza de Lánade. «Estoy aquí! Deja de ignorarme, amor mío», clamaba de nuevo la voz en su cabeza. Insistía con urgencia y provenía de alguien que estaba cerca, pero justo en los márgenes de su visión, donde ella no quería mirar. Pero la tentación era grande, tanto como su deseo por ver de nuevo a quien la llamaba. Y, tras oír de nuevo su nombre, muy cerca y a su espalda, Lánade se volteó en su silla. Allí, de pie en medio de la sala, Lánade veía la figura de Ayeste, su pareja. Era quien la había estado llamando y de quien ella huía, aunque deseaba que de verdad él estuviera allí. Ayeste extendía sus largos tentáculos hacia ella suplicando un abrazo. Pero Lánade no iba a dejarse engañar por esa visión. Ayeste no estaba allí, ni tampoco ninguna de las otras visiones que se le aparecían. Sabía que eran producto de aquello que se estaba gestando en su interior, algo que la obligaba a dar la vuelta a su nave espacial en dirección a su planeta y reunirse con sus seres

queridos. Y la influencia de aquella cosa se iba apoderando de ella. Lánade agitó su ovalada cabeza intentando alejar las visiones y regresó la silla al frente, donde estaba una única esfera de metal pulido y una suerte de pantalla que flotaba sobre ella. Proyectado en esa pantalla y en tres dimensiones, Lánade veía el manto estelar. Puso en la esfera sus tentáculos y de esa forma tomó el control de la nave, cuya única y enorme vela solar recogía la lejana luz de las estrellas para impulsarse. En la pantalla que flotaba sobre la esfera, aparecieron dibujadas dos esferas anaranjadas sobre el negro manto del espacio. Era una pareja de soles que orbitaban sobre sí mismos, atraídos pero sin acercarse el uno al otro debido a la fuerza de su movimiento. Acarició la esfera hacia delante con sus tentáculos, y su velero solar se impulsó en dirección al sistema binario. A medida que se acercaba, distinguió también, atrapada en la órbita de los soles, una nube de objetos estelares que giraba en un disco de descomunal tamaño. Empezaba a verlo con claridad en su pantalla. Dentro de la nube gobernaba el caos absoluto, una tormenta de remolinos de asteroides que impactaban los unos con los otros, generando a su vez estallidos de fuego y polvo despedido a alta presión. Ningún objeto dentro de aquel disco nebular estaba a salvo de las continuas colisiones, las cuales destruían y creaban al tiempo nuevos asteroides. Lánade lo encontró adecuado y tampoco disfrutaba de tiempo suficiente para buscar un lugar mejor antes de que perdiera el control sobre sí misma. Por eso puso rumbo al interior de la nube. Una vez tuvo fijado su ob-

jetivo, apagó la esfera de tal forma que esta cayó al suelo y rodó por él hasta el fondo de la estancia. Ya no podría volver a conectarse, sellando así su destino y el de su nave.

Suspiró con fuerza y recostó su esbelta espalda, surcada por líneas doradas en su piel gris, en el delgado respaldo de su silla. Sus largos tentáculos quedaron tendidos a los lados al tiempo que cerraba la doble membrana de sus párpados. Les pidió a sus antepasados que por favor hicieran de su muerte algo rápido e indoloro. Pero, sobre todo, que fuera suficiente para acabar también con el mal que ella guardaba en su interior. Aunque Lánade tenía una mente ordenada y bien estructurada, podía sentir cómo el ser de su interior la iba conquistando. Se lo imaginaba como raíces de un árbol enterradas en su cabeza que crecían propagándose por su mente, trayendo voces de su pasado e imágenes tan reales que era imposible distinguir lo real de lo imaginario. Solo una enorme fuerza de voluntad la mantenía en el presente, al mando de la nave, y se negaba a obedecer lo que cada célula de su cuerpo le pedía. Salvar la vida y volver con los suyos. Y, aunque dentro del navío solar reinaba un sepulcral silencio, en el interior de la cabeza de la piloto aumentaban las voces y los gritos. «Vuelve a casa, Lánade», le decía Ayeste, ahora a su lado, pero también le llegaban otras voces amigas a su espalda. Voces de autoridad y voces de quien había querido y admirado a lo largo de su vida se presentaban ante ella para pedirle que volviera. En ese momento, un estertor levantó su tentáculo derecho buscando la esfera de mando que había rodado por el suelo, mientras que

con el otro tentáculo intentaba impedir que lo cogiera. Sonrió dejando ver una doble hilera de dientes afilados sobre su liso rostro gris. Una parte de ella se resistía a morir, pero era imposible cambiar el rumbo. En ese momento, sus barreras mentales cedieron, derrumbándose como un muro de piedra derribado por arietes enemigos. De su sonrisa dejó escapar un sonido chirriante, mezcla de llanto y risa a la vez. Estaba despierta y a la vez soñando, la realidad, su nave solar y todo su mundo ya eran propiedad de otro. Sus largos tentáculos atraparon la esfera, convertida ahora en un objeto inútil, y comenzó a golpear con ella el panel de mandos. Pese a la violencia de los golpes, nada cambió.

El velero entró en el disco nebular dejando una estela de polvo tras de sí. De inmediato, se dejaron sentir los impactos de miles de pequeñas rocas contra el casco del navío. La vela, de un color dorado que rivalizaba con el de los lejanos soles, empezó a resquebrajarse mientras era atravesada y hecha jirones. Pero la estructura del navío era fuerte y su casco se diseñó para soportar los impactos. Solamente los asteroides más grandes y de minerales duros podrían hacerla pedazos. Miles de esos se arremolinaban alrededor de la nave. En concreto uno, de tamaño casi planetario, apareció en la pantalla delante de Lánade. Esa debía ser su tumba. La nave se acercaba deprisa y, a medida que lo hacía, la superficie del asteroide iba cubriendo toda la pantalla, dejando ver su corteza gris y herida por miles de cráteres. Nadie miraba la pantalla ni atendía a las alarmas que se disparaban en la cabina de

mando. Lo que controlaba a Lánade quería sobrevivir, pero sabía que nada podía hacer para impedir el choque con el asteroide, por lo que se preparó para lo inevitable.

Desde el espacio, la estela que dibujaba el velero terminó de forma abrupta al colisionar con el enorme asteroide, en silencio, como una veloz y brillante mota de polvo que se apagó tras un súbito resplandor.

La nave se había convertido en un amasijo de metal ardiente tras herir con violencia la superficie del asteroide. Había creado un cráter y proyectado al espacio una gran columna de polvo gris.

La superficie entera del asteroide tembló mientras el duro metal de la nave atravesaba su corteza. Sin embargo, pese a la destrucción que había causado, en las entrañas de aquel planetοide sin vida y escondido tras los incandescentes muros de metal del velero que palpitaban y se retorcían por el calor y la presión, resistía la estructura de la cabina de mando. Dentro de ella, Lánade seguía sentada, soñando.

Capítulo 1. La Rosa de los Vientos

Con una precisión milimétrica, digna de la máquina que era, Sarah dejó el guisante flotando justo en el lugar que quería, y allí se quedó inmóvil gracias a la micro-gravedad del espacio. Asuka la observaba con sus ojos abiertos como platos y Antonio, que flotaba al lado de ella, no podía cerrar su boca del asombro que le producía la gran precisión que tenía la androide. Ella, satisfecha con el resultado, se impulsó con delicadeza con su mano sobre el techo de la estancia y se colocó flotando al lado de los dos humanos. Sonreía y su rostro recordaba al de una niña, tal vez una joven de no más de diecisiete años, que acababa de perpetrar una inocente travesura.

—Allí estaría la Tierra —dijo Sarah, alzando la mano en dirección al guisante.

Señalaba su obra. Un conjunto flotante y bien alineado que consistía en una pelota de tenis, el Sol; cuatro guisantes que representaban los cuatro cuerpos rocosos, Mercurio, Venus, Tierra y Marte; seguidos de una oliva, más grande que las anteriores, representando Júpiter. Saturno y Urano eran una suerte de garbanzos. Todos ellos

estaban a considerable distancia, llegando a ocupar casi toda la estancia de la enfermería, la cual era, junto al almacén, el espacio libre más amplio de la lanzadera espacial en la que viajaban.

—Siempre he sabido que estaban muy separados —apuntó Antonio mientras se rascaba la coronilla y se despeinaba aún más su ya despeinado pelo rizado—, pero verlo así me da una nueva perspectiva.

—No es una escala perfecta, evidentemente —se apresuró a decir Sarah con voz dulce—. Podría haber hecho una simulación por ordenador, pero teníais razón en que visto así, al natural, resulta muy entendible.

Peter, el doctor de la nave, y la única persona con un motivo real para encontrarse en ese momento en la enfermería, se desabrochó el cinturón de su asiento, frente a una consola pegada a la pared, y se impulsó hacia el centro de la enfermería donde ellos estaban. Pudo esquivar hábilmente con su cuerpo delgado la aceituna mientras llegaba hasta ellos.

—Sarah —la llamó Peter una vez estuvo a su lado—, ¿no ves que te están utilizando para matar el tiempo? Solo quieren verte alinear objetos con tu precisión de androide. Y vosotros —se dirigió a Antonio y Asuka—, ya sois mayorcitos como para buscar un entretenimiento más productivo y no venir aquí a ensuciarme la enfermería. ¿Qué pasaría si uno de esos alimentos contamina nuestras muestras de tejido o se cuele por la rendija de algún instrumento?

—Tienes razón, Doc.

Antonio se propulsó con un pie contra el suelo y avanzó rápidamente hasta donde flotaba Júpiter, al que devoró de un bocado.

—Pero no hace falta ser tan gruñón, Doc —continuó Antonio, llamando a su amigo con el mote que solía utilizar con él—. Hay poco que hacer hasta que lleguemos a la zona de salto.

—Pues a mí me darás trabajo como te atragantes con el hueso de esa aceituna. ¡Y a lo mejor no me apetece atenderte!

—Descuide, doctor Peter —dijo Sarah sin perder su jovial sonrisa—, son aceitunas sin hueso.

—¿Ves, Doc? Todo está controlado.

Pero Antonio, todavía con cierto impulso, no hubo terminado la frase cuando se golpeó sin querer en la coronilla con la lámpara de un flexo que alumbraba las camillas. Sonó con el tañido de una campana, lo que desató las risas a carcajadas de Asuka. La joven bióloga incluso dejó flotando una lágrima que se le escapó de tanto reírse.

—No culpes a Antonio, por favor —repuso Asuka cuando dejó de reírse. Su voz era dulce y, en general, era de esas personas con quien resultaba difícil enfadarse. Inclino un poco la cabeza a modo de disculpa antes de continuar—: Fui yo quien le pidió que me enseñase las habilidades de Sarah. Los seres sintéticos son raros en la Tierra, al menos los que tienen una inteligencia tan avanzada como ella, y yo sentía mucha curiosidad.

Peter suspiró, en efecto, era imposible enfadarse con Asuka. Y de todas maneras él no estaba realmente enfa-

dado, le gustaba meterse con Antonio. Eran amigos desde hacía mucho tiempo, aunque fue precisamente en esa nave, la Rosa de los Vientos, donde se habían conocido. El doctor, quien era un tipo muy pálido, de ojos grises y muy delgado, nunca había estado en la Tierra.

—Los terrestres sois gente muy extraña —dijo Peter sin ser consciente que ya él mismo, por su aspecto cetrino y desgarbado, resultaba bien extraño a ojos de los demás—. Inventasteis a los sintéticos, pero rápidamente empezasteis a mandarlos a las misiones en el espacio o a trabajar en las profundidades del mar, para prohibirles en vuestras ciudades. Cualquiera diría que os dan miedo estas máquinas.

Sarah se sintió interpelada.

—No es una prohibición como tal, doctor Peter. Ya que nosotros no somos seres vivos y, por lo tanto, no tenemos estatus de ciudadanía. Simplemente, en las ciudades terrestres no se requería ya de nuestros servicios. Somos más útiles en misiones que suponen algún riesgo para la vida humana.

—Y como compañía —apuntó Antonio, quien había terminado de recoger los guisantes, los garbanzos y la pelota de tenis—. Ya sabéis, por la soledad del espacio.

Pero el doctor no estaba convencido de lo que decía la androide y su tono de voz se volvió algo más sombrío al hablar.

—¿Qué me decís de los crímenes de Barcelona y Milán de finales de los sesenta?

Asuka tragó saliva.

—He oído hablar de eso —dijo la bióloga—. ¿Pero no fueron simples errores informáticos?

—Tal vez —contestó Peter—, y en ese caso fue un error informático que le costó la vida a cinco personas.

—Vamos, Doc —repuso Antonio ya reunido con ellos—, no le metas miedo a la joven. Los robots son inofensivos y, además, aquellos casos que comentas ocurrieron en modelos primitivos. La tecnología androide estaba en pañales allá por el 2060. Yo, como informático experto —y se señaló con el pulgar en el pecho—, puedo dar fe de que Sarah funciona de manera correcta. ¿Verdad, querida?

Pero, mientras la preguntaba, Antonio le guiñó el ojo a Sarah, la cual respondió a su vez con una de sus pícaras sonrisas.

—Así es, ingeniero Antonio. Mi autodiagnóstico determina que todos mis sistemas funcionan correctamente.

—Y no debemos olvidar —continuó Antonio, el informático— que los modelos que fallaron en Europa tenían síntomas de mal funcionamiento. Síntomas que son muy fáciles de identificar. Como, por ejemplo, un tic excesivo en alguno de sus ojos o un característico temblor al hablar. No hay conductas homicidas sin que primero aparezcan esos síntomas, así que nosotros estamos a salvo. ¿Verdad, Sarah?

El robot se volvió con un giro violento de cabeza directo hacia Asuka.

—Totaaa... a... aal... mente... te... cierto... —tartamudeó mientras parpadeaba de forma descontrolada sin dejar de mirar fijamente a la joven.

Esta pegó un grito y pataleó en el aire tratando de alejarse de la androide sin conseguirlo. Seguía flotando en el sitio mientras Sarah se le acercaba con gesto torcido, parpadeando velozmente y emitiendo un sonido agudo. Pero, a solo un palmo de la aterrorizada Asuka, el robot se detuvo y tanto Antonio como Peter empezaron a reírse con ganas.

—¡Te lo has creído! —dijo Antonio mientras se retorció en el aire de la risa, dando vueltas sobre sí mismo.

La joven bióloga se sujetaba el pecho con ambas manos mientras los miraba a los tres con la cara roja del enfado.

—¡Me habéis dado un susto de muerte! —espetó Asuka—. Casi se me para el corazón.

—Míralo por el lado bueno —continuó Antonio—, al menos te hubiera dado en la enfermería.

La joven atinó, ahora sí, a moverse en la microgravedad y se alejó de ellos dándoles la espalda. Aunque Antonio y Peter la llamaban para que no se fuera, Asuka abrió la puerta que salía de la enfermería y daba hacia el pasillo principal de la lanzadera. Antes de que ella se fuera, Peter le dio con la mano abierta en la cabeza a Antonio.

—¿Ves lo que has conseguido?

—Pero es una tradición con los novatos. No íbamos a privarle a Asuka de esto. Además, los viajes de prospección minera son muy aburridos. Al menos así ha ocurrido algo interesante y que podrá contar a la vuelta.

El pasillo que quedaba después de la enfermería desembocaba en uno más grande, el pasillo central, el cual vertebraba la nave. Comunicaba la zona de habitabilidad, con los camarotes del personal y el comedor, en la proa, y con la zona de carga y de maquinaria en la popa. Precisamente en ese último lugar era donde solía estar el reservado y serio mecánico, Roy. Por eso, Asuka se lo encontró de improviso cuando el mecánico avanzaba por el pasillo principal y la bióloga apareció flotando desde el pasillo anexo. Al pararse uno junto al otro, se ponía de manifiesto la enorme diferencia corporal entre ambos. Roy medía casi dos metros de alto, era corpulento y tenía un rostro cuadrado. A su intimidante figura se le sumaban unos ojos pequeños sobre una faz grande y una calva tan pulida que brillaba bajo los blancos focos del pasillo central. A su lado, Asuka parecía una niña, de cuerpo pequeño y delgado, con el pelo largo y los ojos rasgados y grandes. Ojos que le miraban, prestando involuntaria atención sobre la brillante calva. Roy se había percatado de ello y se llevó la mano a la cabeza. Al instante se dio cuenta de que la chica tenía el rostro colorado.

—¿Está usted bien? —dijo en un tono educado, casi paternal, pero que mantenía las formas.

Asuka afirmó con la cabeza, aunque para el mecánico era evidente que estaba alterada por algo.

—Los chicos —señaló a su espalda, donde nacía el pasillo de la enfermería—, se comportan como críos. En cualquier caso, no ha sido nada. Pero, Roy, deja de llamarme de usted, por favor.

A Roy le pilló de improviso, pero como era parco en palabras no dijo nada.

—Después de dos meses viajando en la Rosa de los Vientos podrías empezar a tutearme de una vez —continuó ella—. Además, pensaba que nos llevábamos bien. Fue un gesto muy bonito por tu parte que trucasas el dispensador del comedor para que me dejara repetir el postre de los martes. A veces, pienso que una bióloga como yo tiene poco que aportar en una nave espacial, así que el chocolate me anima.

Roy se había sonrojado, pero Asuka no lo vio porque el gigantón la había rodeado con habilidad usando los asideros del techo y se impulsó para sortearla y seguir avanzando por el pasillo. La habló sin darse la vuelta para que no le viera la cara.

—Todos somos importantes en esta misión. Usted... Quiero decir, tú. Tú también eres importante.

Y avanzó acelerando con sus grandes brazos. En un par de impulsos, había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de la zona de habitabilidad. Un poco más adelante, justo en la parte final de la proa, estaba la cabina de mando de la nave. De ella estaba saliendo justo en ese momento la capitana, Monique Chaulier. La mujer, de rostro moreno y pelo corto justo a la altura de los hombros, le sonreía a Roy mientras le esperaba justo en la entrada. Cuando el mecánico estaba frente a ella, entendió por qué su capitana se reía.

—Así que ella es importante, ¿eh?

Roy pasó de estar sonrojado a ponerse rojo del todo.

—He dicho que todos los somos. Y, capitana, no debería espiarnos.

La mujer le rodeó el hombro con su brazo y pasaron juntos dentro de la cabina de mando. La puerta se cerró tras ellos.

—No espiaba a los miembros de la tripulación —dijo ella con fingida dignidad—, vigilaba a un amigo en apuros ante la chica que le gusta.

—¡Capitana! —protestó enérgico.

—Te veo feliz, Roy, y puedo contar con los dedos de una mano los momentos en los que te he visto tan contento como ahora mismo. Yo que tú hablaría con ella. Os habéis hecho amigos en este viaje, ¿no es cierto?

Pero Roy agachaba lentamente la cabeza en gesto de abatimiento. Monique comprendió enseguida que había tocado un tema sensible para el mecánico, un tema que distaba mucho de haber superado.

—Monique —comenzó diciendo él, pero las palabras se le atragantaban en la garganta—. Yo no puedo hacer nada con ella. Ni con nadie, en realidad.

La capitana ya conocía esa expresión en el rostro del mecánico, y también sabía el motivo que la provocaba.

—Te castigas demasiado, grandullón —dijo ella—. Cualquiera chica estaría encantada de pasar tiempo contigo. Detrás de ese aspecto huraño hay un tipo divertido e inteligente, yo lo he visto. Cuando no hablas de motores y propulsores, claro.

—¿Y de qué debería hablar con ella?

Era la pregunta que Monique más temía. Quería ayudar a Roy, pero no meterse como consejera con él. De inmediato se sintió atrapada por esa pregunta, pero, como la campana

que salva al boxeador, la señal de comunicación empezó a sonar por los altavoces detrás de las paredes de la cabina. Monique hizo un gesto indicando que debía atender de manera urgente la llamada entrante. Antes, puso la palma de su mano sobre el rostro del mecánico y dijo un escueto: «Ya irás viendo...». Acto seguido llamó a la IA de la nave.

—Reka, ¿es ya la hora?

De detrás de las paredes se proyectó una voz femenina, madura y segura, que pertenecía al ordenador central que gobernaba la nave. Un programa informático inteligente al que llamaban Reka.

—Sí, capitana. Estamos en el límite de comunicación estándar con la nave nodriza de la empresa Yotari. A partir de este punto, los mensajes no podrán ser en directo y, cuando saltemos para llegar a la nube de asteroides, no tendremos comunicación.

Monique se deslizó hacia la parte delantera de la cabina, donde dos asientos se enfrentaban a los mandos de control. Roy se quedó detrás de ella.

—La nave está preparada para el salto —dijo él.

Roy se refería al uso de los motores que curvaban el espacio y les permitiría llegar en cuestión de un instante al sistema binario de soles a donde se dirigían. De no ser por ese sistema de curvatura del espacio, habrían tardado cientos de años en llegar. Pero el salto era una operación muy delicada, producir y atravesar una brecha en el espacio-tiempo podía desintegrar la nave. Por eso la preparación era importante y Reka estaba programada para asistir en la operación.

Monique asintió y dio la orden a Reka de que abriera la comunicación. Sobre los paneles y frente a la capitana, una pantalla holográfica apareció flotando y, sobre la pantalla, el rostro de una mujer.

—Hola, Paula —dijo Monique con tono desenfadado—. Te noto diferente. ¿Te has cortado el pelo?

La interpelada sonrió encantada.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta. El almirante no me ha dicho nada.

Monique suspiró de forma ruidosa a propósito.

—¡Ah, hombres! —se percató de que Roy seguía a su espalda—. Sin ofender, Roy.

—No me ofendo —dijo—, ni me preocupo por el pelo.

—Eso no hace falta que lo jures, grandullón.

Monique y Paula se rieron, pero Roy ya estaba acostumbrado a las bromas de su capitana y a la dinámica con Paula, la directora de comunicaciones de la empresa Yotari, para quienes Monique y su equipo trabajaban.

—Ya salís de nuestro alcance —informó Paula, interrumpiendo las risas—, pronto estaréis sin comunicación. ¿Hay algún mensaje que queráis mandar a la Tierra? ¿Quizá para la familia o alguna incidencia que queráis comentar?

—Ya le mandé la felicitación de cumpleaños a mi madre. Confío en ti para que llegue a tiempo.

Paula se llevó la mano a la frente imitando un saludo marcial.

—Dalo por hecho. Tu mensaje llegará puntual. Por cierto, ¿qué tal con tu hermano? ¿Seguís peleados?

—Ah, sí. Mi hermano. —Alzó la mirada un momento—. Antes hablábamos de hombres y de cómo se comportan a veces, pues con Hugo tenemos el ejemplo perfecto de hombre desastroso. Con lo mono que era de pequeño. Todavía lo recuerdo así —hizo un gesto con la palma de la mano indicando la pequeña estatura de su hermano—, siempre pegado a mi falda y me seguía a todas partes.

—Los hermanos pequeños, por mucho que crezcan, siempre serán los pequeños —sentenció Paula.

Justo al terminar de hablar, la imagen de la directora de comunicación parpadeó y apareció ruido de estática en el audio.

—Perdemos la conexión, Monique. Pero, si no hay nada más que comunicar, solo me queda desearte buena suerte. La gente de la compañía tiene muchas esperanzas en que de verdad encontréis carbino en ese asteroide. Por no hablar de vuestra recompensa y las vacaciones que os vais a dar cuando volváis.

Monique chascó la lengua.

—No sé cuál de las dos cosas me llama más la atención, si las vacaciones o la recompensa económica. Así que me quedaré con las dos cosas.

Ambas se rieron, pero la voz de Paula ya se estaba entrecortando.

—Os esperamos pronto de vuelta.

Y, tras esa última frase de Paula, la imagen se detuvo y cesó la comunicación. Monique ordenó a Reka apagar la pantalla.

—Se mandará una notificación automática para la empresa Yotari cuando saltemos por la brecha espacial —dijo Reka con su tono neutro y sereno.

—Ya tengo ganas de volver —musitó Monique—, y eso que aún no nos hemos ido.

Mientras Monique hablaba, Roy se había sentado en uno de los asientos de la parte trasera de la cabina. Se abrochó el cinturón para evitar que la falta de gravedad le empujase y encendió la consola que tenía pegada a la pared junto a él. Desde allí podía comprobar el estado de los motores y de la estructura de la nave. Todo estaba correcto, por lo que levantó el pulgar confirmando a Monique que estaban preparados para el salto.

—Reka, conecta los altavoces en todas las estancias. Voy a comunicar a la tripulación que ocupe sus puestos —ordenó Monique—. Y pon el temporizador en menos diez minutos para el salto.

